

Ledicia
Costas

ESMERALDINA

la pequeña fantasma

Ilustraciones de
V́ctor Rivas



Título original: *Esmeraldina, a pequena defunta*

1.ª edición: octubre de 2016

© Del texto: Leticia Costas, 2016

© De las ilustraciones: Víctor Rivas, 2016

© De la traducción: Leticia Costas, 2016

© Edicións Xerais de Galicia, S.A., 2016

© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2016

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-698-2500-6

Depósito legal: M-28299-2016

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

**Ledicia
Costas**

ESMERALDINA
la pequeña fantasma

Ilustraciones de
Víctor Rivas

ANAYA

*Para vosotras, criaturas de este mundo.
Y también para todos los fantasmas
que pobláis este libro.
Sin unas y sin otros, esta historia
no sería posible.*

Capítulo 1

EL DÍA DE MI MUERTE, el Hotel Fantastique se llenó de gente. Se organizó un gran desfile de personas vestidas de negro y con las caras muy tristes, que acudían a velar mi cuerpo. Nunca en mi vida había visto el hotel así de repleto ni con tantas flores frescas. Ni siquiera en el verano, cuando había tal cantidad de huéspedes que colgábamos el cartel de COMPLETO en el portalón de la entrada y llenábamos todos los floreros del comedor con rosas, claveles y tulipanes de colores que cortábamos en el jardín. Te parecerá raro que el velatorio fuese precisamente allí, en el hotel. Pero es que el Hotel Fantastique era nuestro hogar.

Mis padres, mi abuela y yo vivíamos en el primer piso, en el ala reservada al personal de servicio. Ellos tres eran los más altos cargos de la denominada *Brigade de cuisine*, brigada de cocina, una forma elegante y refinada de referirse al equipo que trabajaba en aquellas cocinas de fama mundial. Venía gente de todas

partes para probar los exquisitos platos. La abuela era la que más mandaba en la brigada, la *Chef de cuisine*. Tenía décadas de experiencia y se encargaba de confeccionar los menús del hotel. Igual por eso estaba tan oronda. Pesaba muchísimos quilos, más de cien. Yo creo que era porque pasaba el día metiendo el dedo en las ollas que burbujeaban al fuego para luego rechupetearlo. Probaba varias veces todo lo que cocinaba. Decía que esa era la única manera de que los platos saliesen perfectos. Mi madre, viendo que la mujer iba acumulando unos cuantos quilos más cada año, solía decirle: «Mamá, tienes que cuidarte. Estás tremenda». Y así fue como la abuela pasó a ser conocida entre el personal del hotel con el apodo de la Tremenda.

De ella me gustaban sobre todo sus enormes mandiles con volantes y su aroma cuando preparaba repostería francesa. Hummm, qué rico. ¡Daban ganas de comérsela! Mamá era su ayudante directa y persona de confianza en la cocina. ¡La segunda chef de cocina! Por eso tenía bordadas en su casaca blanca las palabras *Sous-chef de cuisine*. Y papá era el *maître*, el jefe de los camareros, el que organizaba las salidas de los platos y bebidas. ¡Formaban un equipo estupendo! Me encantaba verlos trabajar juntos, sobre todo cuando el hotel estaba lleno. Eran rapidísimos, especialmente mamá y la abuela. Parecía que en lugar de dos brazos tuviesen ocho, como los pulpos. Solo eso explicaría la cantidad de cosas que eran capaces de sacar adelante. Venga a amasar, a batir



unas claras a punto de nieve, a freír unos ajos, a derretir la mantequilla, a preparar tapas, a decorar los platos o a organizar el resto de personal de la cocina. ¡Unas artistas! De ellas aprendí muchos trucos. Lástima que mi vida solo durase diez años. Si llego a pasar más tiempo con ellas en las cocinas, estoy segura de que hoy yo también sería una *Chef de cuisine*. Aunque para eso tendría que estar viva.

Debido a su nombre, es probable que pienses que el Hotel Fantastique estaba en el centro de una hermosa villa francesa, o en una prestigiosa ciudad como París. ¡Nada de eso! Lo que hacía de este hotel un lugar tan atractivo era que había sido construido en el mismísimo Salvaje Oeste, entre vaqueros, forajidos y *saloons*, unos bares pensados para atender a los cazadores de la zona. Su fundador había sido un francés bastante estrafalario llamado Panderlú. Panderlú vestía siempre pantalones violetas y calcetines diferentes en cada pie, tenía bigotes de puntas retorcidas y nunca se separaba de su loro. Iba con la jaula a todos los sitios. Un día, Panderlú decidió dejarlo todo (todo menos al loro), y arriesgar su propia vida emprendiendo un peligroso viaje hacia el Oeste en busca de oro. Tardó muchos meses en llegar al lugar donde decían que este metal precioso nacía en los ríos. Hombre y loro viajaron en barco, a caballo, a pie, en diligencia e incluso en canoa. Después de caminar hasta destrozarse las botas, cuando ya pensaba que todo era una leyenda y que iban a morir abrasados por

el sol, encontró el ansiado oro en un riachuelo donde había parado a descansar. Cientos de pepitas doradas refulgían en el fondo de aquel arroyo. Con parte del dinero que consiguió, Panderlú ordenó construir un hotel-restaurante. Le parecía una buena idea acercar la cultura y la cocina francesa a aquel lugar tan diferente de donde él se había criado. No se equivocó. El Hotel Fantastique se convirtió en una auténtica atracción. Al principio solo ofrecía cocina francesa, pero con los años su restaurante acabó siendo un referente de cocina internacional.

Un día sí y otro también llegaban al hotel cocineros de todo el mundo. Mamá y la abuela aprendían con ellos a preparar nuevos platos que iban incorporando a los menús. Recuerdo la temporada en que vino un cocinero cubano que aseguraba tener una receta estrella de sopa de tortuga. Aquello fue un drama. Se empeñó en que había que cocer carne de tortuga, colar el caldo y añadir ajos, una copa de vino blanco, comino y cilantro machacado. También pimienta, azafrán, hojas de menta y rebanadas de pan con huevos duros cortados en pedacitos. Parece ser que era una receta de gran tradición en los restaurantes más prestigiosos de La Habana. Lo peor es que pretendía hacer la sopa y servirla en la propia concha de la tortuga. Y no se le ocurrió nada mejor que hacer guardia hasta que logró localizar una de las tortugas de tierra que vivían en los jardines del hotel. La atrapó y la metió en la cocina. Fui yo quien

lo encontró con un cuchillo en una mano y la tortuga Lola en la otra, dispuesto a separar el cuerpo del animal de su concha. Recuerdo que empecé a llamar a la abuela, aterrorizada: «¡Abuela, el cubano quiere desnudar a Lola y luego cocinarla!». Por más vueltas que le di, no logré entender cómo se le ocurrió hacer una cosa semejante. Las tortugas llevaban más de treinta años en el hotel, formaban parte de la historia de aquel lugar. Tanto era así que yo las conocía perfectamente y lograba distinguirlas sin dificultad. Parecían iguales, pero no lo eran. Alertada por mis gritos, la abuela apareció en la cocina sudando en frío, después de venir a la carrera con su tremendo cuerpo. Le arrancó a Lola de las manos y echó al cubano de la cocina, después de soltarle una ristra interminable de improperios. Le dio un patadón en el trasero y le dijo: «¡Como se te ocurra volver por aquí, el que va a acabar como ingrediente principal de mi sopa vas a ser tú!». La Tremenda hacía honor a su apodo.

¡Uff! ¡Pero si ya llevo hablando un montón de tiempo de mi familia y ni siquiera me he presentado! Es que me emocio tanto cuando recuerdo los viejos tiempos... Me llamo Escarlatina y soy una cocinera cadáver. Ahora vivo en el Más Allá, la tierra de los muertos. De hecho, soy la cocinera oficial del sector del Inframundo donde habito. Pero esta historia empieza mucho antes, cuando estaba viva y tenía otro nombre. Por aquel entonces, en el año 1863, cuando aún no había muerto, me llamaba

Esmeraldina. Mi madre me puso este nombre porque decía que mis ojos eran tan verdes que parecían dos esmeraldas incrustadas. Ella los tenía del mismo color. ¡Qué guapa era mi mamá! Se llamaba Marieta y siempre olía a colonia. Si aceptas un consejo, no le cojas cariño al nombre que te pusieron tus padres. Es mejor que lo sepas desde ya: en el Más Allá nadie conserva su nombre de vivo. Todos los muertos llevan el nombre de la causa de su muerte. Por eso yo, desde que soy niña difunta, o mejor dicho, desde que por fin asumí que ya no pertenezco al mundo de los vivos, me llamo Escarlatina. Porque mi muerte se debió a una enfermedad llamada *fiebre escarlatina*. Y ya que estamos, tampoco deberías cogerle cariño al aroma de las colonias. Los muertos olemos todos a podrido.

Mientras estaba viva, en esos escasos diez años, mi existencia entre ollas, mandiles y menús fue muy feliz y divertida. Menos por Amancio, hijo de Panderlú y dueño del hotel desde la muerte de su padre. Amancio poco tenía que ver con su antecesor. Era un individuo perverso y de costumbres primitivas. Pero ya habrá tiempo de hablar de él.

Como veis, la vida en aquel lugar, que era una especie de oasis plantado en medio del Salvaje Oeste, daba mucho de sí. Pero a pesar de lo bien que lo pasaba, de todas las aventuras que tuve la ocasión de vivir en el Hotel Fantastique, la más emocionante comenzó el día que enfermé. Ese día todo cambió y ya no hubo vuelta

atrás. La cosa empezó con un fuerte dolor de garganta. Era como si tuviese una bola de espinas atrancada. No podía ni tragar saliva. ¡Y mucho menos comer! Ni siquiera los deliciosos pasteles de Belém, esos dulces portugueses que me gustaban tanto y que mi madre había hecho expresamente para mí al saber que estaba enferma. A las pocas horas de tener los primeros síntomas, me salieron puntos rojos por todo el cuerpo y empecé a delirar. Mamá, papá y la abuela abandonaban la cocina cada dos por tres para ver cómo estaba ¿Y cómo iba a estar con esa enfermedad recorriendo mi cuerpo? Pues hecha un trapo. Yo sé que me daban besos y me acariciaban la frente, pero los sentía muy lejos. Me subió tanto la fiebre que vino a visitarme un doctor que olía a naftalina y me inyectó un remedio con una jeringa de cristal. Ellos debían de pensar que yo no los escuchaba, y por eso comentaban delante de mí que había varios casos de fiebre escarlatina en el hotel. Además del mío, otros dos niños mellizos, una niña y un niño con los cabellos de trigo, se habían puesto malitos y estaban muy graves. Se rumoreaba que fueron ellos los que contrajeron la escarlatina a bordo del barco en el que habían llegado a esta villa, desde el puerto francés de Nantes. Y así fue como yo también me contagié.

El doctor me visitó dos veces más. Eso supuso otras dos inyecciones que me dolieron bastante. No sirvió de mucho. Después de estar en cama varios días, con el cuerpo todo rojo e inflamado y mi familia llenándome

de besos y caricias, morí. ¡Pero no pienses que lo viví como algo dramático! Fue todo muy raro. Sentí que, de repente, mi vida me abandonaba para siempre, así que di un salto y abandoné mi cuerpo. Salí de él, como si me desdoblase en dos: Esmeraldina la difunta se quedó tumbada en la cama, muertísima. Y yo, la otra Esmeraldina, muerta también pero convertida en una masa fantasmal, me coloqué a los pies del lecho y observé mi cadáver desde esa posición privilegiada. Allí estaba la niña que había sido yo, con los ojos cerrados y la cara fría y pálida. Mamá, papá y la abuela lloraban los siete llantos y no dejaban de preguntarse por qué me había tocado morir a mí, si no era mas que una niña pequeña. Pero, por lo que supe después, la muerte hace ese tipo de jugadas. Sobre todo en aquellos tiempos, cuando había pocos medicamentos y morían muchos niños.

Yo quería tranquilizar a mis padres y también a la abuela para que se acabasen su dolor y sus lágrimas; hacerles saber que seguía allí, con ellos; que ya no me dolía la garganta ni me picaba el cuerpo; ¡Que me encontraba de maravilla! Podía caminar sobre la madera del suelo o elevarme y volar hasta llegar al techo. Aquello era fantástico, aunque debo reconocer que en un primer momento lo de volar no lo tenía muy controlado y mi cuerpo iba hacia donde le apetecía. Tratando de situarme sobre la cama para observar mi cadáver desde arriba, di unas cuantas volteretas y acabé con el vestido enganchado en la barra de la cortina,

con las piernas para arriba y la cabeza para abajo. Fue en ese momento en el que intenté comunicarme con mi familia para decirles que estaba allí, con ellos, cuando descubrí que algo no iba bien. Quise hablarles, pero la voz no me salió. *Muerta y muda*, pensé. *Esto complica mucho la situación.*

Índice

Capítulo 1	7
Capítulo 2	17
Capítulo 3	29
Capítulo 4	39
Capítulo 5	47
Capítulo 6	57
Capítulo 7	69
Capítulo 8	81
Capítulo 9	89
Capítulo 10	101
Capítulo 11	113
Capítulo 12	121
Capítulo 13	133
Capítulo 14	149
Capítulo 15	161
El Libro de Recetas de la Tremenda	173

**Si crees que la muerte
es el final, es porque no conoces
a los fantasmas.**

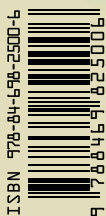
La pequeña Esmeraldina vive feliz
junto a su familia en el Hotel
Fantastique, el lugar más elegante
del Salvaje Oeste. Pero todo cambia
cuando muere de fiebre escarlatina...
y se convierte en fantasma.

Huéspedes del Más Allá, espiritistas del Más
Acá... y un montón de personajes hilarantes
que le complicarán las cosas a Esmeraldina...
y la ayudarán a sobrellevar su muerte
con mucho humor.

**La divertida precuela de
*Escarlatina, la cocinera cadáver.***



1578279



ANAYA

www.anayainfantiljuvenil.com